

POR EMANUELE COCCIA

Durante siglos, hemos escrutado el cielo en busca de signos para adivinar el porvenir. Elevamos los ojos e imaginamos que podríamos captar lo que pasaría al observar las geometrías móviles y variables que otros cuerpos –las estrellas– parecían dibujar sobre su cuerpo etéreo. Por eso la ciencia del futuro o el conocimiento vernáculo de lo que pasará se llama aun hoy astrología: la ciencia de los cuerpos celestes. Durante siglos hemos observado, adorado y venerado algunas partes del cielo, las estrellas, o más bien la imagen luminosa en la parte del cielo que vemos cada noche, como la causa de todo lo que nos sucede y nos sucederá.

Esta creencia estaba constantemente acompañada de otra. Durante siglos, hemos considerado a la tierra como el guardián más sagrado de nuestro pasado. Siempre confiamos nuestros muertos a la tierra. A la tierra y a las ruinas que arrojó desde su vientre le hemos pedido siempre que nos diga lo que fuimos. Durante siglos, consideramos a la tierra como un puro efecto, un simple depósito cósmico de todo lo que pasó en otra parte, el garaje de los desechos del universo humano y no humano. Un montón de ruinas.

Desde hace siglos, y por razones difíciles de resumir, somos víctimas de ese extraño error de paralaje que nos hizo confundir el futuro y el pasado, el cielo con lo que creemos que se le opone.

Es necesario corregir este error de visión y construir una astrología invertida: una verdadera ciencia del futuro que sepa hacia dónde mirar. Debemos comprender dónde reside el porvenir, y cómo existe.

Se debe invertir la astrología al menos por tres razones. En primer lugar, porque hoy en día sabemos que todo lo que

*Emanuele Coccia

nació en Italia (1976), es filósofo y profesor de la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París y de la Universidad de Friburgo en Alemania. Se doctoró en Filosofía Medieval en la Universidad de Florencia y dedicó sus primeros estudios a la figura de Averroes, sobre quien publicó su primer libro traducido al español, *Filosofía de la imaginación. Averroes y el averroísmo* (2007). Profundizó su recorrido teórico en el vínculo entre las teorías de la imaginación y la naturaleza de los seres vivos, y publicó los ensayos *La vida sensible* (2011) y *La vida de las plantas. Una metafísica de la mixtura* (2017). Por varios años, formó parte del Consejo de Dirección de *Boca de Sapo*. Estas páginas se desprenden de su último libro, *Metamorfosis*, publicado por Cactus (en Buenos Aires) y Siruela (en Madrid).

aparece en el cielo se produjo hace muchos años —con frecuencia hace millones de años—. No solo no hay futuro en el cielo, sino que tampoco hay huella del presente. Las imágenes más lejanas del cielo son solo ruinas —mantenidas en formol durante algunos millones de años para que puedan verse—. El firmamento es el sitio arqueológico más grande del cosmos. Es un inmenso museo a cielo abierto, capaz de revivir el pasado del universo bajo la forma de un espectáculo que circula de planeta en planeta. El cielo astrológico es el circo itinerante del pasado del cosmos.

Si la astrología debe ser alterada es porque sabemos que la Tierra también es un cuerpo celeste. El cielo, todo lo que se encuentra en nuestra atmósfera y el sol tienen la misma sustancia, la misma materia, la misma forma que la Tierra: somos el cielo por naturaleza, por la materia, por la forma.

La astrología debe aprender entonces a ser una ciencia de la Tierra. Para hacerlo, es preciso comprender que si queremos conocer el porvenir no debemos elevar los ojos sino bajarlos y girarlos hacia ese pedazo de cielo que es nuestro propio planeta. De hecho, todo lo que aparece sobre la Tierra es futuro anticipado bajo la forma de apuesta. Todos los cuerpos de la Tierra son un fondo especulativo. Ella misma es un cuerpo futuro y futurista —el futuro de todos los cuerpos—. Esto es lo que debemos aprender. No hay que respetarla por su fragilidad. Debemos vivirla de modo diferente, ya que el planeta es nuestra carne futura. La carne de mañana, de pasado mañana y de mil millones de años por venir.

El hecho de que la Tierra sea nuestro porvenir significa que el futuro jamás proviene del exterior. Por el contrario, si hay un porvenir, es porque no hay exterioridad, porque todo está ya en el interior. En el interior de este planeta. Todo sobre su superficie. El futuro es la piel del planeta, que no cesa de transformarlo: es el capullo de su metamorfosis.

La Tierra es el cuerpo del futuro pero no a causa de su tamaño. El futuro jamás es algo grande, inmenso. No es un meteorito que amenaza con destruir la masa del planeta. Le pertenece como algo más pequeño que el más pequeño de sus habitantes. El porvenir es más próximo de la forma en que viven los virus que de las formas humanas o la de sus monumentos. El porvenir es absolutamente microscópico. El porvenir es solamente lo que la vida puede ver en la porción más pequeña de la materia.

Con cierta simplificación, se podría decir que un virus es como el mecanismo químico, material y dinámico de desarrollo y reproducción de todos los seres vivos, pero

que existe fuera de la estructura celular, bajo una forma más anárquica, más libre. Se podría decir que el virus es la fuerza que permite que cada cuerpo desarrolle su propia forma, como si existiera desencarnado del cuerpo, liberado, flotante, la pura potencia de metamorfosis. Aquí reside el porvenir, una fuerza de desarrollo y de reproducción de la vida que no nos pertenece, que no es propiedad exclusiva de un individuo ni tampoco común y compartida, sino más bien un poder que flota en la superficie de todos los otros cuerpos. Precisamente porque es libre, esta fuerza circula de cuerpo en cuerpo. Está a disposición de todos, susceptible de ser apropiada por cada uno de ellos. Pero así como apropiarse de un virus significa contaminarse, transformarse, metamorfosearse, apropiarse del futuro significa exponerse a un cambio irreparable.

El futuro es la pura fuerza de la metamorfosis, capaz de existir no solamente como una tendencia de un cuerpo individual, sino como un cuerpo autónomo, tal como el polen que vuela por el aire: un recurso infinitamente apropiado. El porvenir es el hecho de que la vida y su fuerza están por todas partes y no pueden pertenecer a ninguno de nosotros, ni como individuo, ni como nación, ni como especie. El porvenir es una enfermedad que obliga a los individuos y a las poblaciones a transformarse. Una enfermedad que nos impide pensar nuestra identidad como algo estable, definitivo, real.

El porvenir, después de todo, es la enfermedad de la eternidad. Un tumor en sí mismo. Más benigno. El único que nos vuelve felices.

No tenemos que protegernos de esta enfermedad. No necesitamos vacunarnos contra el virus del tiempo. Inútil. Nuestra carne jamás dejará de cambiar. Debemos estar enfermos, muy enfermos. Sin temor a morir. Somos el porvenir. Vivimos rápido. Con frecuencia morimos.

